

graphia. El camino por donde llega al error capital de hacer dependiente de la voluntad el sentimiento estético, es bastante nuevo é ingenioso. Empieza por afirmar que el sentimiento de lo Bello encierra la necesidad, el deseo y el esfuerzo, más ó menos enérgico, más ó menos felizmente realizado, de una expresión, de una producción. Hay que referirle, pues, á aquella facultad humana cuyas operaciones van constantemente acompañadas de una necesidad de acción exterior, de un deseo de reproducción. Este paralogismo se destruye negando la mayor. El estado estético no implica *de un modo necesario* la tendencia á reproducir la belleza ni á manifestarla al exterior: para la mayor parte de los hombres pasa y termina en un acto de pura contemplación. Es verdad que Chaignet opina que todo hombre es artista, y que lo es desde el momento en que habla, porque el lenguaje implica una creación estética, una expresión, una forma plástica y concreta; pero esto es extender viciosamente el sentido de las palabras y dar al *lenguaje*, signo colectivo y en gran parte impersonal y fatal, un valor de creación y de actividad libre, que sólo alcanza cuando el verdadero artista le maneja de un modo consciente y reflexivo. Para nosotros el fenómeno estético no se explica sólo por la inteligencia ni por la sensibilidad, sola, ni mucho menos por la voluntad, sino por el concurso de todas estas facultades, predominando siempre la contemplación, que es esencialmente intelectual. El mismo Chaignet,

arrastrado por la fuerza de la verdad, más poderosa en él que el espíritu de sistema, reconoce que toda emoción estética envuelve una sensación, y además una noción, una *forma* cualquiera de pensamiento, una *representación*. Pues bien: nada de esto pertenece á la voluntad; pero Chaignet no se rinde á tan sencilla observación, y prosigue sosteniendo que «es el yo *libre y voluntario* quien forma el ideal al cual referimos toda belleza real», de donde se deduce lógicamente que la voluntad humana crea toda belleza, que la belleza natural no existe sino en cuanto se conforma al ideal de la voluntad, y que la belleza artística está sujeta á las decisiones de la única facultad humana que disfruta del libre arbitrio, aunque nadie le haya concedido hasta ahora el poder de formar ideales, tarea propia y exclusiva de la inteligencia. Chaignet no retrocede ante ninguna de estas consecuencias, que son la piedra de toque del vicio radical de su sistema, y va derecho á la negación de la universalidad del juicio estético, puesto que «el yo activo aporta el elemento de una diferencia indestructible á la concepción y á la expresión de la belleza». La universalidad del hecho estético se reduce á su condición de ser común á todos los hombres; pero en los casos particulares sería un sueño y una quimera buscar tal universalidad. La teoría de Chaignet, como tantas otras teorías pseudo-platónicas, lleva envuelta la negación misma de la Estética, y en vano se pretende evitarla estableciendo una distinción entre

la voluntad moral y el amor, entre el Bien y la Belleza, entre la virtud y el arte. Esta distinción es racional y obligada; pero una vez admitida, ella sola basta para arruinar todo el sistema de la *philographia* ó *philocalia*. «No hay esencialmente nada moral (confiesa Chaignet) en desear poseer la Belleza, en amarla, en expresarla.» ¿Y es posible que haya algún acto de la voluntad que no participe esencialmente del carácter moral? ¡Con cuánta profundidad dijo Leibnitz que amar un cuadro no es propiamente amor!

Pero aun siendo de todo punto inadmisibile la definición que Chaignet da de la belleza subjetivamente considerada, «inclinación natural y agradable de la voluntad, acto de amor inteligente, voluntario y personal, acompañado de una concepción interna é ideal y de un deseo más ó menos enérgico de expresión, de un acto creador más ó menos completo» (porque en primer lugar la belleza, aunque sea belleza subjetiva, no es *inclinación*, ni puede confundirse con el acto de amor, ni va acompañada en la mayor parte de los casos del deseo de producir ni de crear), hay que confesar que este capítulo de su Memoria es de los más notables y profundos, y está escrito con un brío de pensamiento y de expresión, que sería empeño vano buscar en la Memoria premiada. ¡Lástima que en trozo tan elocuente se hayan deslizado dos ó tres páginas de carácter y gusto más que equívocos sobre el misticismo cristiano, precisamente cuando se sientan las bases de una teoría que conduce sin rodeos á los éxtasis del

misticismo alejandrino! Verdad es que en la segunda parte de su trabajo Chaignet recoge velas, y yéndose al extremo opuesto, emprende probar que no existe la belleza moral, que el arte no es una religión ni tampoco una virtud, y que el *ideal* no tiene ningún sentido místico, sino que es una pura concepción de nuestro espíritu con ayuda de las formas exteriores, las cuales, sin embargo, no pueden llamarse bellas consideradas en sí mismas, sino sólo en relación con nuestro ideal subjetivo. El horror al panteísmo, ó más bien al *dinamismo* germánico (puesto que incluye á Leibnitz en el anatema), el horror á aquella afirmación de Hegel *la naturaleza es la existencia positiva del principio divino*, le hace caer en el extremo opuesto de negar á la naturaleza toda vida, toda fuerza inmanente, hasta afirmar que en la creación entera no hay más que una fuerza, la del hombre, y ésta por el principio espiritual que en él reside. Sólo simbólicamente se puede hablar de fuerzas naturales, y esto en un sentido más bien religioso que estético. «Las escenas de la naturaleza no tienen unidad ni individualidad: en sus formas, en sus colores, en sus ruidos, todo es vago, confuso, inarticulado: la naturaleza no tiene carácter.» Chaignet carece evidentemente del don de sentir las bellezas naturales: él mismo confiesa que es de los que no aciertan á comprender la naturaleza sino á través de algún verso griego ó latino. Toda esta declamación contra la naturaleza llega hasta el absurdo, y es, sin duda, una de las partes más

censurables del libro y de las que más contribuyeron á su fracaso. ¿Cómo admitir en una estética seria que «el hombre, para gozar de la naturaleza, tiene que idealizarla, esto es, destruirla, transformarla en imaginación, desconocerla y olvidarla, porque, considerada en sí misma, es imperfecta y grosera»? Semejantes paradojas, todavía más que á una deficiencia en el gusto de su autor, han de atribuirse á una reacción instintiva contra el pseudo-naturalismo, ó más bien contra la afectación de amor á la naturaleza, que es uno de los lugares comunes más empalagosos de la literatura de nuestros días. Cuando con tan escasa sinceridad se usa y se abusa de este cómodo recurso, no es de admirar que venga un idealista intransigente como Chaignet á decirnos que en la llamada belleza real interviene siempre una sensación física, la cual destruye la esencia verdadera de la belleza, y, empezando por comunicar á la imaginación una energía facticia, acaba por dejarla caer en un letargo enervante y en una inercia pasiva. Cuando la naturaleza absorbe al hombre, la materia absorbe al espíritu, y en cierto modo se le asimila, alterando su pura esencia con lo que le comunica de la suya. «Puede el hombre servirse de la naturaleza para concebir el ideal, pero ella por sí sola no le expresa: vemos la poesía en el mundo físico, pero es porque nosotros la hemos puesto antes.... No hay poesía en el campo más que para los poetas, que la llevan en el fondo de su alma y la esparcen sobre el mundo

exterior.... Pero un comercio demasiado íntimo con la naturaleza, una estimación excesiva de sus producciones *insignificantes* (!!), el hábito perezoso de sepultar su alma en el mundo de las vagas armonías del Universo, y de olvidar su razón en las visiones del ensueño, conduce insensiblemente al naturalismo, á la religiosidad panteística, al misticismo nebuloso y sensual, que, en sus aspiraciones confusas y embrolladas concepciones, hace flotar en el seno de la materia un espíritu apenas separado y distinto de ella. Esta idolatría sin ídolos es tan dañosa al arte como á la moral, enerva de igual modo el genio y la virtud. Su indeterminación de ideas se apodera del espíritu y acaba por hacerle impotente para concebir con claridad y para ver la luz. No se escribe ya, se pinta, y el lujo de forme del estilo parece destinado á ocultar la pobreza y la desnudez del pensamiento: la forma no tiene ya dibujo preciso ni contornos determinados: en música, la idea melódica desaparece abrumada por el aparato de una armonía, á veces patética, pero casi siempre vacía y siempre vaga.» El peligro puede estar exagerado, pero no ha de negarse que está visto con penetración, como suelen ver los ojos del odio.

Más importantes, más originales y profundas que el ensayo de Chaignet, é incomparablemente más que el de Lévêque, son las *Investigaciones filosóficas sobre los Principios de lo Bello* de Pablo Voituron, abogado de los tribunales de

Gante. Entre todas las obras presentadas al concurso de 1859, ésta debió haber sido la premiada en rigurosa justicia. Varias circunstancias contribuyeron á que no lo fuese. El autor era fervoroso espiritualista, pero no espiritualista ecléctico y universitario, sino perteneciente á la fracción neo-cartesiana de Bordas Demoulin y Huet, escuela original y profunda que intentó armonizar el psicologismo de Descartes con la metafísica idealista de Platón. Esta escuela, que en el fondo era más leibnitziana que cartesiana, como lo muestran las mismas teorías de Bordas sobre la substancia y lo infinito, vivió siempre en abierta hostilidad contra la filosofía oficial, y no era por tanto muy seguro colocar bajo sus auspicios un libro de Estética que iba á ser leído y juzgado por los discípulos predilectos de M. Cousin. Desde las primeras páginas decía el autor con verdad y lisura que la ciencia de lo Bello nunca había sido cultivada formalmente en Francia. Nada de esto era muy á propósito para ganarle el ánimo de los jueces, y, en efecto, Barthélemy St-Hilaire, que redactó el dictamen, se mostró poco favorable al sentido general de la obra de Voituren, aun reconociendo en ella verdadero talento metafísico, grande esfuerzo para elevarse al principio de las cosas, y unidad y vigor en las deducciones; en suma, todas las cualidades que faltan en la obra premiada. Pero al mismo tiempo le echó en cara una tendencia exageradamente idealista, que llega á confundir el ser con su idea innata,

y hasta cierto sabor malebranquista ú ontologista al discurrir sobre la unión íntima de nuestras ideas y de las ideas divinas. Quizá eran fundados estos reparos; pero lo que se trataba de premiar era el mérito relativo de los candidatos, y la suma de talento filosófico de que cada uno de ellos hubiese dado muestra, no la mayor ó menor conformidad de su sistema con la ortodoxia filosófica dominante en la Facultad de Letras de París. Otras críticas eran más racionales, y versaban principalmente sobre el método y plan del libro, que en rigor no responde á todos los puntos del programa, puesto que suprime totalmente la historia de las teorías estéticas, y trata con excesiva concisión la historia de las artes. Pero el autor podía contar que en aquel concurso esto era lo accesorio, y la teoría metafísica lo principal.

En realidad, él era metafísico y no crítico de artes. Como metafísico y heredero de la doctrina de Bordas, se declara espiritualista puro, partidario de la filosofía de Platón, de San Agustín, de Descartes y de Leibnitz, y persigue sin misericordia á los aristotélicos, á los kantianos, á los psicólogos escoceses, á los panteístas alemanes y á los eclécticos franceses. Es defensor convencido de las ideas innatas, y coloca entre ellas el principio racional de lo Bello. Niega resueltamente toda mezcla de elemento exterior en el acto del conocimiento, que en este sistema se reduce á una combinación de ideas innatas. Conviene tener presente este punto de vis-

ta para comprender su teoría estética ¹, basada toda, no en el sentimiento, sino en la *noción* innata de lo bello, cuya realidad y universalidad legitiman y hacen posible una ciencia de la Belleza dentro de la Filosofía general, y como parte integrante suya. «El ser y la idea del ser son la misma cosa, y todas las propiedades de nuestro ser, tales como la actividad, la unidad, la duración, la *belleza*, la relación y el orden, son ideas. Nuestras ideas son, pues, innatas, como que constituyen nuestro principio pensador.... Cuando nos pensamos á nosotros mismos, no solamente entendemos nuestras propiedades particulares, sino que concebimos otra multitud de propiedades, todas las cuales tienen, lo mismo que las que nos pertenecen, su fundamento en nuestro ser. Así se dan en nosotros lo general y lo particular, la idea generalísima del ser, y una infinidad de determinaciones posibles de esta idea. Por eso nuestras ideas son universalmente representativas. *Las imágenes que nos transmiten los sentidos no hacen más que evocar en nosotros las ideas correspondientes á los objetos exteriores*, pero por medio de esta excitación venida de fuera, adquirimos la certidumbre de la exis-

¹ *Recherches philosophiques sur les principes de la science du Beau. Ouvrage auquel l'Institut Impérial de France (Académie des Sciences Morales et Politiques) a décerné une mention honorable au concours de 1860, par Paul Voituron, avocat à la cour d'Appel de Gand: Bruxelles, Lacroix, 1861, dos tomos 8.º grande.*

No conocemos ninguna otra obra de este pensador notable, ni hemos oído mentar su nombre después del célebre concurso.

tencia de los cuerpos.» En cualquiera de nuestros pensamientos entran ideas de infinitud absoluta, de perfección sin término, que no pueden proceder de los sentidos, y que tampoco son formas vacías. «Es necesario que en el fondo de nosotros mismos, un ser inteligente como nosotros, pero dotado de cualidades que nosotros no tenemos, nos permita pensarlas ó entenderlas uniéndose con nosotros. Este Ser es Dios, á quien nos unimos por el fondo de nuestro pensamiento, por nuestra inteligencia, por nuestro amor y nuestra voluntad. *Si esta unión no existiese, nuestro pensamiento sería imposible, y nuestro ser volvería á la nada.*» El sistema de Voituron conduce derechamente al sistema de la *visión en Dios*, y bajo este aspecto no era infundada la calificación de *malebranchismo* que Barthélemy St-Hilaire le dirigía, aunque en otras muchas cosas no está de acuerdo nuestro autor con las quiméricas hipótesis del P. Malebranche.

«Si el fundamento supremo de todas las inteligencias (prosigue Voituron) es uno é idéntico, una é idéntica debe ser también la noción de lo Bello, aunque la mayor parte de los hombres la posean de un modo confuso y (por decirlo así) instintivo, y sólo muy pocos tengan de ella un conocimiento reflexivo y extenso. Con arreglo á esta noción de belleza perfecta y absoluta, que nadie ha visto con los ojos del cuerpo ni ha contemplado fuera del espíritu, calificamos á cada cosa en su género de más ó menos bella, de más ó menos perfecta. La noción

de lo Bello es independiente de las cosas exteriores, y lo Bello no existe más que en virtud de su noción. La belleza se nos manifiesta, como la verdad y el bien, por la contemplación de nuestro ser espiritual, unido en el fondo de sí mismo con Dios, que es la Verdad absoluta, el Bien Supremo y la Belleza perfecta.»

Infiérese de aquí que la ciencia de lo Bello, tal como la concibe Voituren, es á un mismo tiempo una *Psicología* trascendental, una *Metafísica* y, aun si se quiere, una *Teodicea*, puesto que el autor llega á afirmar, en alas de su intrépido ontologismo, que «en cada uno de nuestros pensamientos, Dios piensa con nosotros», ó, lo que es lo mismo, que en nuestras ideas, unidas directamente á las ideas divinas, vemos la verdad y la belleza de toda cosa posible ó creada. «Si fuésemos espíritus puros ó gozásemos todavía de la integridad de nuestra naturaleza, veríamos en todo su esplendor la belleza espiritual, que es la verdadera belleza. Pero como somos pecadores y caídos, una especie de velo nos la encubre.»

La noción de lo Bello es, pues, absoluta, necesaria y universal; es la misma para todas las cosas dotadas de belleza y para todas las inteligencias posibles, porque existe en Dios, de toda eternidad, como atributo de su Ser absoluto, necesario é infinito, y se refleja en nosotros con estos mismos caracteres. Este elevado idealismo es el alma del libro de Voituren; constituye su fuerza y explica al mismo tiempo todos sus

errores. El primero y más grave es el menosprecio de la forma sensible, sacrificada implacablemente á esa noción innata, á ese reflejo de la mente divina. El segundo, y consecuencia forzosa de éste, es el desconocimiento del verdadero carácter estético y la atribución violenta del nombre de belleza á toda ciencia, á todo sistema que ofrezca una conformidad real ó aparente con el encadenamiento de las verdades primeras en la inteligencia. Bello es para Voituren el sistema de Descartes y bello el de Hegel; bello el binomio de Newton y bello el teorema de Sturm; bella la razón de la superficie de la esfera á la superficie total del cilindro circunscrito; bellas las teorías matemáticas de Wronski; bella la afinidad química, y, en suma, toda ciencia es bella; y no así como quiera, sino con *la belleza más próxima á la divina*; que á tales extremos lleva el reducir la belleza á pura contemplación intelectual y renegar de la naturaleza y de la forma. El extremo idealismo, lo mismo que el sensualismo extremo, coinciden en anular la facultad estética, el uno por exaltarla, el otro por deprimirla; el uno confundiéndola con la razón, el otro rebajándola á la categoría de lo agradable. El mismo Voituren parece que quiere eludir las consecuencias de su sistema, y buscando una nota característica de toda belleza, cree encontrarla en la *diversidad* ó multiplicidad de partes, de términos y de relaciones, reducida á la unidad y dominada por ella, con lo cual viene á caer en el an-

tigo sistema de la conveniencia, del orden, de la regularidad, proporción y simetría; y advirtiéndolo, por último, que todas estas condiciones pueden darse sin que se dé verdadera belleza; quiere concertar la teoría del orden con la del principio vital, y recurre, como Jouffroy, á la presencia de un elemento activo, espiritual ó físico, que se manifiesta con fácil y libre desarrollo. Pero es evidente que el orden y el principio vital, mientras no pasan de ser puros conceptos ideales, y no se encarnan, manifiestan y traducen en forma sensible, no pueden ni deben ser considerados como bellos. Nunca se repetirá bastante que la unidad y la diversidad son elementos de la Belleza, como de todas las demás cosas; pero que ellas de por sí no son ni constituyen la Belleza. Del mismo modo la vida es propiedad de todos los seres vivos, sea cualquiera su valor estético, que puede ser nulo ó insignificante. Ó hay que convenir en que la unidad, la variedad, la armonía y la vida que se predicán de los objetos bellos, son algo diferente de la unidad, de la variedad, de la armonía y de la vida que predicamos de todo objeto, ó hay que buscar por otro camino menos trascendental la característica de lo bello.

Este vicio capitalísimo de la consideración puramente racional, echa á perder la Estética de Voituren, que por lo demás está altamente pensada, aunque pensada por una inteligencia más filosófica que poética, y no lo bastante filosófica para elevarse á aquellas alturas donde

la Metafísica y la Poesía llegan á confundirse. La elevación del pensamiento especulativo y la ausencia del sentimiento artístico, del cual procura alejarse con mal disimulado recelo, han inspirado, entre otras teorías suyas, la de lo sublime, al cual se empeña en quitar todo carácter estético, sosteniendo: 1.º, que es puramente espiritual y no trasciende de nuestras ideas; 2.º, que el pensamiento ó el objeto exterior que le suscitan, considerados en sí mismos, pueden ser bellos ó feos; 3.º, que el efecto esencial de lo sublime consiste en hacernos pasar rápidamente de una idea á otra, ante la cual la primera se anula como lo finito ante lo infinito, siendo mayor la impresión cuanto más rápido sea el tránsito.

El hombre que ha definido la Belleza «cualidad ó propiedad del Ser, en virtud de la cual todas las partes de que se compone están dispuestas con orden según la unidad determinada por su esencia, permitiendo á la fuerza ó á la vida de que está animado manifestarse fácilmente»¹, era sin duda un entendimiento muy robusto; pero bien á las claras mostró que la Belleza le había favorecido pocas veces con sus resplandores inefables. Y si de algún género de belleza anduvo enamorado, debió de ser de la que él llama *matemática ó geométrica*, en oposición á

¹ La definición de lo Sublime es «oposición que se verifica en nuestro pensamiento (á consecuencia de nuestra unión interna con Dios) entre lo infinito absoluto y un infinito relativo, el cual se anula delante del primero, para dejar que aparezca un rayo de la belleza suprema».

la *dinámica ó expresiva*. Por eso se empeñó en negar que el sentimiento estético fuese desinteresado, y confundió la noción de Belleza con la de utilidad objetiva y subjetiva. Por eso llamó *belleza esencial* á la *harmonía de las leyes morales abstractamente considerada*, antes de su realización bella y armoniosa en la vida, única circunstancia que les da valor estético. Por eso se extasía ante las bellezas del cálculo diferencial é integral y de la geometría analítica, «esas bellezas intelectuales que el espíritu sólo puede contemplar, y que son inaccesibles para los que no viven más que en el mundo exterior, esclavos de los sentidos y de la imaginación». Por eso la parte consagrada á la teoría de las Artes es tan inferior en su libro á la parte metafísica, y más que impresiones propias refleja las vulgares noticias y juicios de diccionarios, catálogos y manuales. Lévêque, con toda su inferioridad filosófica, le lleva indisputable ventaja como conocedor y hombre de gusto, cualesquiera que sean sus preocupaciones pseudo-clásicas. Baste decir que Voituron declara la Elocuencia mil veces superior como arte á todas las restantes, inclusa la Poesía, «primero, porque la Elocuencia es *realmente* lo que la Poesía quiere aparecer, y segundo, porque sus medios de acción son infinitamente más poderosos». Era la última consecuencia que le imponía su erróneo *intelectualismo*, y no ha retrocedido ante ella, porque en el fondo no siente ni comprende el arte, pecado irremediable de la mayor parte de

los teóricos que han especulado sobre él. Así resultan tan farragosos y tan estériles la mayor parte de los libros de Estética.

Sería tarea interminable y de poco fruto enumerar todos los que han salido de las prensas de Francia en este siglo, para caer muy pronto en obscuridad merecida. ¿Quién lee ni recuerda hoy las *Reflexiones* de Arnaud *sobre las fuentes y las relaciones de las Bellas Artes y de las Bellas Letras* (1804), ni la *Teoría de lo Bello en la Naturaleza y en las Artes*, de Barthez (1807), ni el tratado de Bertrand *sobre el Gusto y la Belleza considerados en las producciones de la Naturaleza y de las Artes* (1829), ni el *Estudio* de Dalestre *sobre las pasiones aplicadas á las Bellas Artes* (1833), ni el libro de Desmarais *sobre la Belleza Ideal* (1821), ni los *Estudios* de Droy *sobre la Belleza en las Artes* (1815), ni la *Teoría de lo bello y de lo sublime* de Mossias (1824), ni la *Filosofía de las artes del dibujo* de Mazure (1838), ni el *Tratado completo de Pintura* de Montabert (1829), que contiene su correspondiente teoría de la Belleza? Sólo el empeño de ser completos nos mueve á mencionar á estos autores, que son en su mayor parte de los que únicamente sirven para abultar las columnas de una bibliografía. Por lo extravagante de las ideas debe hacerse mención de un M. Kératy, autor de un libro bastante curioso sobre *lo bello en las artes de imitación*¹, y autor también de un *Examen*

¹ *Du Beau dans les Arts d'imitation*: París, 1829. Son suyos también los artículos de Estética en la *Enciclopedia Moderna*, de Courtin.

filosófico de la *Estética de Kant* (1825). En una y otra obra, el autor explica la belleza física por el principio de conservación, y la belleza moral por el sacrificio del individuo á la especie.

Tampoco insistiremos en otras estéticas más modernas, pero de muy escasa fama, tales como la de Tissandier, la de Antonio Mollière ¹, la de Coerdavaux (*De lo bello en la naturaleza y en el arte*), y el librito del ingeniero de caminos Gauckler acerca de *lo Bello y su historia* ². Este último debe citarse como prototipo de Estéticas homeopáticas. Es un catecismo de 200 páginas en dozavo, donde se plantean y resuelven con el mayor desenfado todas las cuestiones relativas al concepto de lo Bello, á sus relaciones con lo Verdadero, al Ideal, al Gusto, á la Sublimidad y á la Gracia, á la Imaginación y á la Memoria Artística, á la influencia de las religiones en el arte, á la clasificación y sistema de las artes y á las teorías respectivas de la Escultura, la Pintura, la Arquitectura, la Danza, la Música y el Arte de la palabra. ¡Y el autor se habrá quedado tan satisfecho!

¹ *Metaphysique de l'Art*.... Lyon, 1849. Libro lleno de fórmulas extravagantes y de raros símbolos.

² Forma parte de la *Bibliothèque de Philosophie Contemporaine*, y se publicó en 1873.

V.

Ensayos estéticos de algunos pensadores cristianos.—Conferencias del P. Félix sobre el Artz.—Pensamientos de Alfredo Tonnellé.—Libro de Victor de Laprade acerca del «Sentimiento de la Naturaleza».—Otros ensayos de estética espiritualista: Martha.

La escuela católica, que ha producido sobre el arte de la Edad Media trabajos tan notables como el de Río, no tiene hasta la hora presente un verdadero cuerpo de teoría estética. Ni los antiguos tradicionalistas, ni los neo-escolásticos que han venido después, han acertado á llenar este vacío. Aun los mismos ensayos italianos de Taparelli, Marchese y los hermanos Menichini, aventajan bastante á los franceses. El *Diccionario de Estética Cristiana ó Teoría de lo Bello en el Arte Cristiano*, fundada en dos disertaciones preliminares, la una sobre la belleza ideal humana, y la otra sobre la Belleza Ideal Sobrenatural ó Divina, confirmada con la descripción y análisis de muchas obras maestras de la Arquitectura, de la Música, de la Pintura y de la Escultura, y con la historia filosófica de estas cuatro artes liberales, obra del canónigo Esprit-Gustave-Jouve, es, á pesar de su pomposo título, una compilación indigesta y poco segura, aunque no deja de contener algunos datos útiles. Los Diccionarios de la colosal Enciclopedia Teológica que ha dado eterna nombradía á su editor el abate Migne, adolecen de